

EL MUNDO COMEDIA ES

LOS DIOSES BRINDAN

¿Cuándo fue aquello de Pearl Harbor? El atento manual responde siempre: 7 de diciembre de 1941. ¿Y lo de Hiroshima? 6 de agosto de 1945. Treinta y cuatro años de una tragedia, treinta de otra. Aquí están ahora, en la mismísima portada de «ABC», Hiro Hito y Ford brindando con las copas en alto. Hiro Hito ya sabe desde hace tiempo que no es un dios: Ford está empezando a creer que lo es. Estados Unidos, después de todo, es el «God's own country». Es, después de todo, una fantasía que mantienen muchos países. Los alemanes decían que Dios estaba con ellos —«Gott mit uns»— y lo siguen diciendo; los ingleses dicen (en francés) «Dieu et mon droit». Los españoles no decimos nada de eso, porque dios somos nosotros. Entre las copas de este brindis hay ¿cuántos muertos? El manual contesta: en el Japón, unos dos millones; en los Estados Unidos, 400.000, de los cuales más de la mitad en el Pacífico. Un desequilibrio notorio. Y una suma considerable. Pero los dioses se reconcilian con champán en la Casa Blanca. Y el presidente Ford regala dos grullas al emperador. Un regalo notablemente extraño. Pero ¡ah! es que las grullas son un animal sagrado en el Japón. Traen larga fortuna, larga vida, larga sabiduría. Las tres larguezas.

La estampa es reconfortante. El muerto al hoyo y el vivo a la grulla. Reconfortante y aleccionadora: las reconciliaciones son siempre posibles. ¿Siempre? Quizá no siempre. Ya hace años que Francia y Alemania se reconciliaron,

en una ceremonia donde dos ancianos, De Gaulle y Adenauer, citaron madrigales de Rondard por encima de su siglo de guerras mutuas: 1870, 1914, 1945... Hace menos que las dos Alemanias estrecharon lazos. Hace tiempo que Europa vino a creer que la frase acuñada en todos los idiomas del «sacrificio fecundo de los muertos» debía tener un significado concreto: que no hubiese más muertos. Pero, como bien se sabe, Europa es, de Pirineos para arriba, un odioso mundo de materialismo. Bien decía hace poco el profesor Fueyo en «Arriba»: «Europa agoniza». Se preocupa demasiado de que no haya muertos. No entiende bien ese continente lejano y frío la cuestión de las acumulaciones históricas.

Ni lo comprende claramente aquel otro hemisferio donde un emperador que perdió en la guerra su condición de dios, que debe ser lo más grave que puede perder un hombre (en una mujer, ya se sabe, hay otra cosa más grave que perder) y un presidente que ganó por casualidad la seguridad de serlo (gracias a que pudo demostrarse que otro presidente y un vicepresidente eran unos truhanes) reconcilian sus enormes diferencias, sus distancias, sus muertos. Hasta los que aun mueren cada día por las viejas y siempre presentes radiaciones atómicas.

Es un gesto que visto aquí y ahora resulta extravagante. Los extranjeros son más bien raros. ■

HARO TEGGLEN



EL SECUESTRO

PRIMER DIA.—Jorge es secuestrado por tres delincentes sin alma y sin conciencia encerrándose con él en un lóbrego sótano. Envían a sus parientes una nota exigiendo un millón de coronas suecas por la vida de Jorge. De no recibir el dinero antes de cinco días Jorge sería torturado con garfios y aceite hirviendo, y luego asesinado.

SEGUNDO DIA.—Jorge recibe una paliza de muerte y a continuación le escupen. Le enseñan los garfios y el aceite de soja para que se vaya enterando de las torturas que le esperan. Se cagan en su padre.

TERCER DIA.—Despiertan a Jorge dándole un susto, y, sin más ni más, se vuelven a cagar en su padre. Le dan patadas y le arrancan un diente, obligándole a continuación a cantar «donde estará mi diente» con la música de «donde estará mi carro».

CUARTO DIA.—Jorge empieza a llorar, con los nervios deshechos, y uno de los delincentes le da un vaso de agua y una palmada en el hombro. Le dice que no tienen nada contra él, que ellos son profesionales.

QUINTO DIA.—Le dan patadas, pero mucho menos fuertes, y después le invitan a jugar una partida de cartas. Jorge, astutamente, deja que le desplumen.

SEXTO DIA.—En vez de patadas le dan una bofetada nada más, y Jorge, que ya no puede con los nervios empieza a hacer pucheros. Los delincentes le dicen que les cuente su vida. Jorge se resiste sin mucha convicción, y al final accede al ruego de los delincentes.

SEPTIMO DIA.—Descansan los delincentes y Jorge.

OCTAVO DIA.—Los delincentes cuentan sus vidas a Jorge. Cómo fueron abandonados por sus madres, cómo no conocieron a sus padres, el hambre y la necesidad que pasaron y de que manera fueron arrojados con asco de la sociedad a la marginación y la tristeza de la vida. Jorge llora por tanta desgracia.

NOVENO DIA.—Jorge y los delincentes se hacen confidencias respecto a sus proyectos y esperanzas. Se cuentan chistes, y comparten el vino. Mandan por más y agarran todos juntos una buena moña.

DECIMO DIA.—Un delincuente va a recoger el dinero al sitio indicado y se lo devuelve a Jorge, que no lo quiere. Insisten los delincentes, pero Jorge dice que es para ellos, que son unos profesionales y que el dinero de un profesional es sagrado. Finalmente acuerdan repartírselo a partes iguales.

UNDECIMO DIA.—Jorge y sus amigos salen del sótano. Jorge llama a su mujer para decirle que va a ir a comer a casa con unos amigos. ■ **ALBERTINA.**